

Luego tenemos la puesta en un segundo plano de la tradición del cuento latinoamericano, dándole escasa representatividad e incitando, perversamente, a su aparente abandono por parte de escritores que prometen como cuentistas natos y terminan como forzados novelistas. Es aquí, en este cruce de coordenadas, o su difuminamiento editorial, donde una reflexión podría reordenar las perspectivas y aclarar el panorama de un canon menos efectista pero más consistente.

En el siguiente dossier hemos invitado a voces representativas de la crítica latinoamericana actual para dar cuenta de ciertas aristas de la situación, como una forma de detonante al debate y no como una conclusión. Algunos de estos autores están ubicados en sus países: Christopher Domínguez en México, Tomás Abraham en Argentina y Wilfrido Corral, ecuatoriano, radicado toda su vida en Estados Unidos. Otros, en cambio, experimentan la situación del escritor latinoamericano «fuera de casa»: Ernesto Hernández Busto y Rolando Sánchez Mejías, cubanos, desde Barcelona, y Gustavo Guerrero, venezolano, desde París. Ese punto de mira en el que están ubicados no es restrictivo en sus respectivas propuestas, y sólo en la invitación a que coincidan en este diálogo permite dar con un cruce de coordenadas que den cuenta de la multiplicidad actual. Sus miradas son de amplio espectro pero se fundan en una experiencia vital concreta y conecta sus respectivas tradiciones con el fenómeno global de la literatura latinoamericana y universal. Domínguez en las 800 páginas de su *Vida de Fray Servando* (2004) agota la figura de un personaje latinoamericano ubicado entre México y Europa. Tomás Abraham en su recurso ensayístico a las vidas paralelas y el diálogo con literaturas europeas y norteamericanas, y sobre todo su formación filosófica, proporciona una consideración de amplio espectro. Gustavo Guerrero, poeta y ensayista, tiene la experiencia de conocer desde adentro la dinámica editorial francesa, al ser asesor de la editorial Gallimard, de igual manera que Wilfrido Corral con la dinámica editorial norteamericana⁴. Y Rolando Sánchez Mejías lo hace desde su perspectiva transversal de ser narrador y poeta. Pero el lugar de coincidencia es el mismo: la reflexión sobre el tiempo de literaturas errantes e inasibles en sus distintas versiones y que exigen una perspectiva crítica amplia para superar las simplificaciones y olvi-

⁴ Corral, además, preparó en 1991, en colaboración con Norma Klahn, los dos volúmenes de *Los novelistas como críticos* (Fondo de Cultura Económica, México), donde se recopilan reflexiones de escritores latinoamericanos en torno a su oficio y a su contexto histórico y personal.

dos al uso cuando se habla de literatura escrita por latinoamericanos. Por razones de espacio, no ha sido posible incluir a otros autores, y mucho se debe esperar de lo que se pueda decir desde Chile, Bolivia, Colombia, Guatemala y el resto de países de Latinoamérica y del mundo desde donde sus autores escriben.

Toda especialización o segmentación en el territorio literario de Latinoamérica significa una resta que termina por llevar al desaliento de lo banal, a la cortedad de miras y, sobre todo, a la pérdida de una estatura intelectual y de escritura. Visto el novelista latinoamericano como un agente de sí mismo, aislado del diálogo y de la revisión de sus tradiciones, facilita la idea de una entidad minusválida, e incluso puede llevar a algunos escritores a la actitud opuesta: el rechazo en bloque de sus tradiciones para entregarse en brazos de una internacionalidad puesta al día por centros de irradiación fuertemente asentados en lo que dicta, por ejemplo, la literatura norteamericana, o las imposiciones esporádicas de Frankfurt o Londres. La salida del latinoamericanismo tópico que marca cartografías encasilladoras no puede pasar por el abandono en bloque de su tradición a riesgo de dar saltos en el vacío, precisamente porque, aunque no tan visible, esa discusión está insertada con fuerza en la tradición latinoamericana cosmopolita. El apresuramiento por obviar o negar la tradición latinoamericana, debido a un miedo a constar como epígono en aras de un brillo individual, puede dar frutos mediáticos en el panorama editorial y literario, pero termina siendo un empobrecedor fuego fatuo.

De manera que podríamos perfilar distintas orillas que conviven actualmente en la narrativa latinoamericana. Por una parte una orilla nacionalista, escrita desde adentro de cada país y con poca salida o difusión intercontinental. Luego está la orilla internacionalizada, en la que curiosamente convergen dos variantes en apariencia contradictorias: la que satura su obra de los tópicos de América Latina y la que, por llevar la contra a esa vertiente, ha quemado las naves con su tradición, negando incluso la existencia de «lo latinoamericano». Y una más, de menos difusión, que relea la tradición, que la amplía en su relectura, y que suelta amarras de una nave que no tiene otro puerto que su propia navegación en la aventura de la lengua. Aquí tiene sentido la observación del múltiple desterrado que fue Edmond Jabès: «La lengua es hospitalaria. No toma en cuenta nuestros orígenes. Ya que sólo puede ser lo que logramos sacar de ella». Como ejercicio crítico de esta superación de las orillas, señalaría el caso de César Aira por una

obra específica, su *Diccionario de autores latinoamericanos* (2001), donde se comprende el alcance enciclopédico con el que hay que tratar esta tradición. Aira es uno de los pocos escritores que cumplen, paralela a su obra creativa, una amplia labor ensayística en la tradición que han llevado a cabo Paz, Vargas Llosa, Fuentes, Cortázar, Montenegro, Pitol, Saer, García Ponce o Rafael Humberto Moreno Durán. Entre los escritores nacidos desde la década del cincuenta hay que señalar el trabajo ensayístico de poetas y narradores como Gustavo Guerrero, Alberto Ruy Sánchez, William Ospina, Eduardo Chirinos, Jorge Volpi y Fernando Iwasaki.

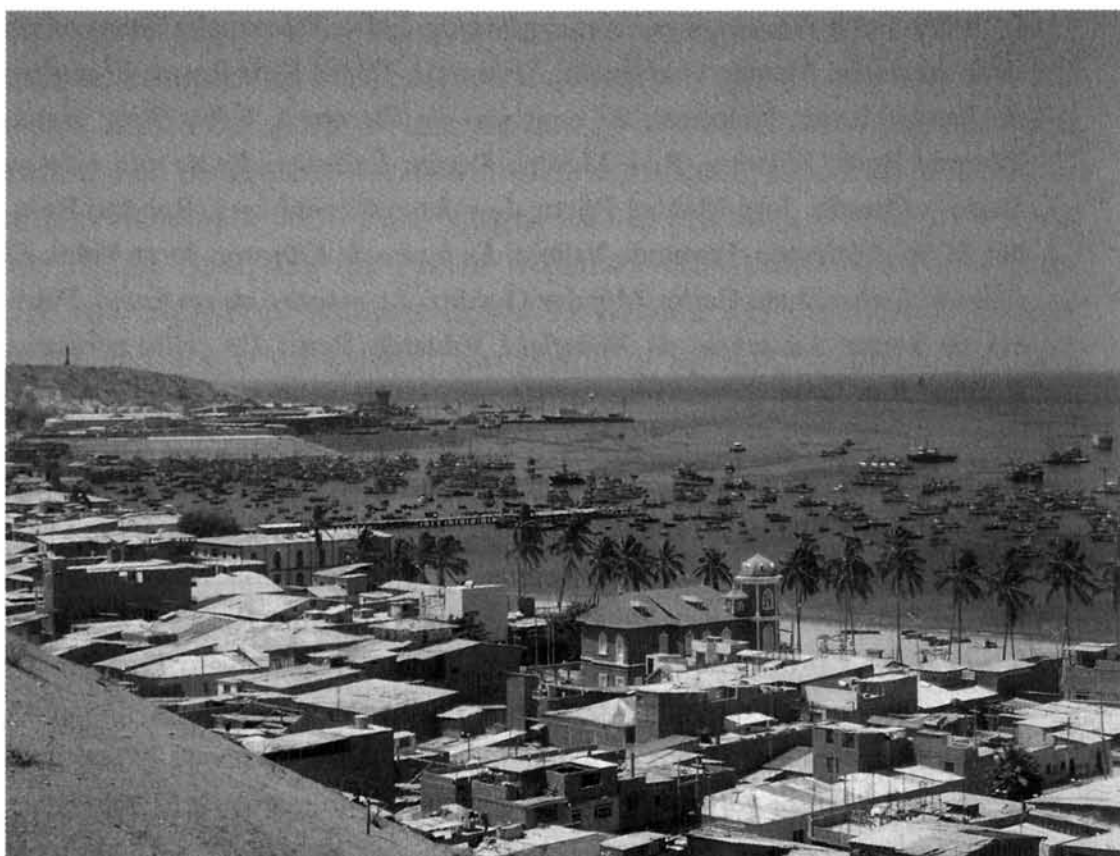
Como coda y muestrario, para una revisión de este fértil terreno inasible de las literaturas errantes de Latinoamérica —y esta condición inasible que provoca su errancia es precisamente la que sostiene su fuerza imaginativa y las nuevas tensiones a las que se somete al idioma— propongo a continuación una brevísima selección de obras que han incorporado el diálogo con otros escenarios temáticos (Europa, Asia, África, Estados Unidos), y que apuntan la ductilidad del español como lengua para atravesar fronteras. Las listas son inevitablemente incompletas, y muchas otras obras deben añadirse. En este ejercicio de suma, que no de resta, sigue radicando la clave para la comprensión de la literatura latinoamericana: la ruptura de una línea literaria excluyente por una convivencia plural de caminos simultáneos. Queda ahora la tarea crítica de estipular lo que caracteriza a cada una de estas obras y el sesgo que cumplen dentro de esta otra tradición latinoamericana, tan arborescente como errante.

1950-1980: *Los pasos perdidos*, Alejo Carpentier; *Bomarzo*, Mujica Lainez; *Rayuela*, Cortázar; *Farabeuf*, Salvador Elizondo; *Morirás lejos*, José Emilio Pacheco; *El mundo alucinante*, Reinaldo Arenas; *El buen salvaje*, Eduardo Caballero Calderón; *Maytreya*, Severo Sarduy; *La pérdida del reino*, José Bianco; *Las posibilidades del odio*, María Luisa Puga; *Terra Nostra*, Carlos Fuentes; *El jardín de al lado*, José Donoso.

1980-1989: *Testimonios sobre Mariana y Reencuentro de personajes*, Elena Garro; *La vida exagerada de Martín Romaña*, Alfredo Bryce Echenique; *Karpus Minthej*, Jordi García Bergua; *La guerra del fin del mundo*, Vargas Llosa; *La tejedora de coronas*, Germán Espinosa; *El entonado*, Juan José Saer; *El escarabajo*, Manuel Mujica Lainez; *El portero*, Reinaldo Arenas; *Los perros del Paraíso*, Abel Posse; *Los nombres del aire*; Alberto Ruy Sánchez; *Domar a la divina garza*, Sergio Pitol.

1990-1999: *Novela negra con argentinos*, Luisa Valenzuela; *Santo oficio de la memoria*, Mempo Giardinelli; *El copista*, Teresa Ruiz Rosas; *El viajero de Praga*, Javier Váscquez; *El congreso de literatura*, César Aira; *Agua*, Eduardo Berti; *Mambrú*, R.H. Moreno-Durán; *Enciclopedia de una vida en Rusia y Livadia*, José Manuel Prieto; *Los detectives salvajes*, Roberto Bolaño; *El río del tiempo*, Fernando Vallejo; *En busca de Klingsor*, Jorge Volpi; *El libro de Esther*, Juan Carlos Méndez Guédez; *La mentira de un fauno*, Patricia de Souza; *La mujer de Wakefield*, Eduardo Berti; *La orilla africana*, Rodrigo Rey Rosa.

2000-2006: *Tu nombre en el silencio*, J. M. Pérez Gay; *La disciplina de la vanidad*, Iván Thays; *Siberiana y Las cuatro fugas de Manuel*, Jesús Díaz; *Shiki Nagaoka*, Mario Bellatin; *Amphytrion*, Ignacio Padilla; *La familia Fortuna*, Tulio Stella; *La casa de los naufragos*, Guillermo Rosales; *Mantra y Jardines de Kensington*, Rodrigo Fresán; *Hipotermia*, Álvaro Enrigue; *La materia del deseo*, Edmundo Paz Soldán; *Los jardines secretos de Mogador*, Alberto Ruy Sánchez; *Libro de mal amor y Neguijón*, Fernando Iwasaki; *La fiesta del Chivo*, *El paraíso en la otra esquina* y *Travesuras de la niña mala*, Vargas Llosa; *Varamo* y *El mago*, César Aira; *Los impostores* y *El síndrome de Ulises*, Santiago Gamboa; *El fin de la locura*, Jorge Volpi; *La sexta lámpara*, Pablo de Santis; *Wasabi*, Alan Pauls; *Una tarde con campanas*, Juan Carlos Méndez Guédez; *La viajera*, Karla Suárez; *El futuro*, Gonzalo Garcés; *Todos los Funes*, Eduardo Berti; *El corazón de Voltaire*, Luis López Nieves; *1767*, Pablo Soler Frost; *El huésped*, Guadalupe Nettel; *Electra en la ciudad*, Patricia de Souza; *La sociedad trasatlántica*, Alfredo Taján; *2666*, Roberto Bolaño; *Cuaderno de Feldafing*, Rolando Sánchez Mejías.



Muelle del puerto de Payta